

El regimiento del Delfín, compuesto en su mayor parte de los hijos de las familias de mas elevada posición de París, deseaba ardientemente darle á su coronel una muestra de su cariño; y un día la oficialidad se presentó en las Tullerías y pidió venia al rey para hacerle un regalo, en nombre de todos sus camaradas. Concedido el permiso de buena voluntad, se le dió aviso al delfín, el cual enterado del objeto de la visita de sus compañeros, contestó que á él le bastaba el placer de verlos y obsequiarlos.

—Esperamos, mi coronel, que no se negará á aceptar nuestro regalo.

—De ninguna manera, porque mi papá el rey dice que no le está prohibido al coronel aceptar dones de su regimiento.

—Mi coronel, dijo entonces uno de los oficiales llamado Palloy, os traemos un juego de dominó, que está hecho con las ruinas de la Bastilla solamente.

Dicho lo cual descubrió una cajita de mármol blanco con filetes de oro y se la alargó al delfín, repitiendo la siguiente estrofa, de unos versos muy populares á la sazón en Francia:

De los horribles calabozos, terror de la Francia,
Hé aquí los restos en dominós transformados:
Puedan ellos sirviendo de juego á vuestra infancia,
Del pueblo probaros su amor y su potencia.

En su inocencia y candidez infantil, no echó de ver el delfín, como tampoco los donantes, la ponzofia que encerraba aquel regalo. Lejos de eso, sobre manera le complació y prestó la mayor atención á la explicación que le hicieron del modo de jugar al dominó. Era todo de piedra, tomado de la repisa de la chimenea de mármol negro, que habia en la sala del gobernador de la Bastilla, á quien habia matado el pueblo. Al reverso de cada una de las piezas habia tallada una letra en oro, así que, una vez arreglados de canto y por orden en una mesa, se leía:—*Viva el rey, viva la reina y S. A. el delfín.* El mármol de la caja era tambien

de la losa del altar de la capilla. En el centro de la tapa habia una cara de relieve.

—Ese es mi papá el rey! exclamó el príncipe apenas la vió, porque la semejanza era completa.

—Sí, prosiguió diciendo Palloy, cada uno de nosotros lleva esa imagen en su corazón. Y como el rey, esperamos que V. A. viva para la felicidad de todos y que sea igualmente el idolo de Francia. Nosotros, que seremos un día soldados y ciudadanos, os pagamos á vos, que entonces seréis nuestro comandante en jefe y rey, nuestro homenaje como futuros sostenedores del trono que vais á ocupar, y que la sabiduría de vuestro padre ha colocado bajo la égida inquebrantable de la ley. El don que ahora os ofrecemos es pequeño, pero le hace grande la circunstancia de que cada uno de nosotros agrega su corazón.

—Yo tambien recibo el regalo como el mas precioso que pudiera hacerme, repuso el delfín. Trataré de aprender para jugar dominó. ¿No jugarás tú conmigo algunas veces, mamá? agregó de pronto volviéndose para la reina, cuya mano besó con ternura.

—Sí, hijo mio, jugarémos á los dominós; contestó ella con visible embarazo.

Se contuvo cuanto le fué dado, dió las gracias á los jóvenes por la fineza que habian presentado á su hijo, y luego que ellos se retiraron en compañía del rey y del delfín, se volvió para madama Tourzel y le dijo casi con horror:

—Llevaos eso, pronto, llevaos esa cajita. Ella es un recuerdo terrible de lo pasado, una horrible profecía del futuro. Ahí yacen las piedras de la Bastilla que el pueblo arrasó, y la caja misma parece ni mas ni menos un sarcófago, que para mas fatalidad lleva en su tapa la efigie del rey. ¡Ay! de nosotros desgraciados, que no podemos recibir los dones del amor, sin que vengan cargados con las memorias del odio, que no podemos tener goces sino están mezclados con los pesares!

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO XIX.

JUNIO 20 Y AGOSTO 10 DE 1792.

Hemos dicho ya que no habia sido sino un armisticio, la aparente reconciliación efectuada entre el pueblo y los reyes, cuando Luis aceptó y juró la constitucion. Laguerrarompió de nuevo, tal vez con mas furor, porque las armas Francesas habian experimentado algunos reveses en las fronteras del norte y se atribuyeron á traición é intrigas de los nobles y los emigrados, alentados por los prisioneros de las Tullerías.

Llegaron á ser intolerables la insolencia y los desmanes de la plebe, de modo tal, que Maria Antonieta tuvo por mejor acuerdo suspender sus salidas del palacio. Lo mismo hizo al fin el rey, á quien empezaba á perderse el respeto, y hasta al delfín hubo que prohibirle entretenerse en su jardincito, por temor de que las amenazas pasaran á violencias personales. Con sus incendiarias aren-

gas contra los realistas habian logrado los caudillos de la revolucion hacerse temer y sobre todo extinguir el resto del cariño que aun abrigaba en el pecho el pueblo hácia la monarquía.

Por sentado, duró poco el regimiento del Delfín; se desbandó ántes de concluir el año de 91, siendo así que hasta aproximarse al príncipe para saludarle y mostrarle deferencia, no como hijo del rey, sino como niño, se tenia por delito grave. En las pocas veces que ya salia al jardín, en union de su ayo, siempre habia miradas del pueblo bajo, que ó le seguian con miradas sañudas, ó le decian improperios contra sus padres. En cierta ocasion era un grupo de mujeres las que apiñadas á las rejas, se burlaban de la reina, solo por mortificar al delfín. Indignado este, se volvió de repente para ellas y dijo:

—Mentís, mentís con descaro. Mi mamá es una mala mujer, ni odia ella al pueblo. Mi mamá la reina es tan buena, tan...

Y no pudo continuar porque el dolor y la indignación ahogaron la voz en su garganta y solo pudo llorar. Avergonzado de esta muestra de debilidad, se alejó de allí á toda carrera en dirección del palacio, seguido del abad D'A.court, que apenas podia darle alcance. Llorando y sollozando todavia el niño pasó por el corredor, pero al llegar á la escalinata que conducia á los aposentos de la reina, se detuvo y se enjugó los ojos.

—No lloraré mas, dijo, daria sentimiento á mamá. Os ruego, abad, que no la digais nada. Trataré de parecer animado y alegre delante de ella, porque así es cómo le gusta verme. A veces cuando está mamá afligida, yo hago que no lo noto, y r'o, canto y salto hasta que se le pasa la tristeza y se sonrie. ¿Se conoce que he llorado?

—No, príncipe mio, ni un tantico; repuso el abad hondamente conmovido al contemplar los grandes ojos azules del niño que le miraban con ternura.

En efecto, mas tranquilizado el delfín continuó subiendo, empujó suavemente la puerta y medio oculto por la cortina de seda, preguntó en tono de chanza, si se le concedia licencia de ver á S. M. la reina.

Esta concedió el permiso y abrió los brazos para recibir á su hijo, quien á su vez la abrazó y la besó en los ojos y en los labios.

—Advierto que estás extraordinariamente cariñoso hoy, Luisito, le dijo Maria Antonieta. ¿Cuál es la causa de tamaña efusion?

—Proviene mi cariño extremado contigo hoy, mamá, de que no tengo que darte mas que besos, pues las flores de mi jardín se han marchitado, y ya no me gusta ni ir allá. Este beso, y este otro, y este son mi ramillete, mamá.

—Vamos, hijo mio, basta, mira que el abad te espera. Creo que ha llegado la hora de la clase. ¿Por dónde se principia hoy?

—Por la leccion de gramática, contestó el abad depositando el libro de texto sobre la mesa junto a la cual daba sus clases el delfín en presencia de su madre.

—La gramática? dijo el delfín. Me alegraria que fuese la historia. Me gusta la historia tanto como me disgusta la gramática.

—Nace de las muchas faltas que hace V. A., dijo el abad. Y sin duda que la gramática es muy difícil.

—Oh! No es por eso, dijo el niño poniéndose colorado. No me disgusta la gramática por difícil sino por tediosa.

—¿Va que es porque V. A. ha olvidado la leccion de ayer? Tratamos de los grados de comparación. Quizas no la recuerda V. A.

—Os equivocais, repuso el delfín sonriendo. Y si no, escuchad. Si yo digo, —mi abad es bueno, ese es el positivo. Si digo que —mi abad es mejor que otro abad, este será el comparativo. Y si digo, continuó mirando á la reina con ternura, —Mi mamá es la mas querida y la mejor de las madres, este es el superlativo. Deleitada de oír á su hijo la reina le estrechó en su seno y le bañó la dorada cabellera con lágrimas de gozo.

Al siguiente dia, á la hora del paseo, la reina fué al cuarto del delfín para saludarle ántes de bajar al jardín.

—Mamá, le dijo él, te ruego me dejes estar aquí. El jardín ya no me causa placer.

—Por qué no, hijo mio? Qué te ha sucedido en él?

—Algo me ha sucedido querida mamá. Vuelven á verse malas caras por entre las verjas, me miran con ojos atravesados y hasta me dicen cosas muy feas. No quiero repetirte sus palabras sucias. Lo ménos que me dicen es que soy el hijo del panadero. Como yo no puedo contestarles, me aflijo y lloro. Así, mamá, prefiero quedarme en casa, y jugaré aqui con Bijou. Acá, Bijou, saluda á la reina como un granadero de verdad.

Y sonriendo cogió á su perrillo por las patas delanteras, le puso en alto y le amenazó con la mano derecha hasta que consiguió que se mantuviese erecto y con las garras dobladas con aire respetuoso.

Rióse la reina de ganas, mucho mas cuando el delfín, todavia amenazando al perrillo, corrió á la mesa, tomo de ella un gorro de papel que él habia hecho y pintado de listas rojas y se lo puso en la cabeza de su Bijou, diciéndole:—Señor Jacobino, firme. Salude V. á S. M. la reina.

Desde ese dia ni el pequeño delfín volvió á pasearse fuera de las puertas del palacio de las Tullerías.

A Maria Antonieta aun le restaba una fuente de consuelo, nos contraemos á su correspondencia con sus parientes, los soberanos de Europa y algunas de sus amigas emigradas. Siempre que se presentaba la ocasion, no la desechaba, de ponerle dos letras aunque fuese, en especial á la duquesa de Polignac. La historia ha conservado una de esas cartas, en que traza el cuadro fiel y enternecedor de los pesares y sinsabores que agobiaban á la reina en dicha época.

“No puedo ménos de aprovechar la ocasion de abrazarte, mi corazón, si bien debo hacerlo á la carrera, porque la oportunidad es pasajera y quizas no vuelve á presentarse. Te escribo unas cuantas líneas solamente, las cuales te las entregarán con un gran paquete. Estamos vigilados como criminales, vigilancia en verdad dura de sobrellevar. No tenemos de quien fiarnos, por donde quiera nos parece ver espías y enemigos, ni podemos asomarnos siquiera á las ventanas, sin que lleven insultos y dictorios sobre nuestras cabezas. Si son los niños, sacarlos al aire libre es exponerlos á sustos y ultrajes. ¿Qué situación la nuestra, mi dulce amiga! Y cuando pienses que no temo por mí sola, sino que tiemblo por el rey, por los pocos amigos que nos acompañan en nuestras tribulaciones, te convencerás que la carga se hace insoportable. Pero, como te he dicho otras veces, vosotros los ausentes, me inspirais aliento. Adios, alma mia, esperemos en Dios que lee en nuestras conciencias y sabe si nos ama ó no el amor mas verdadero por este país. Te abraza tu...

P. D.—Acaba de entrar el rey y desea agregar dos palabras.

“Lo único que os digo, duquesa, es que no la olvidamos, que sentimos recibir tan pocas cartas de vos, y que, ya cerca, ya distante, á vos y á los vuestros siempre los ama,—Luis.”

Efectivamente, no habia exageracion en la frase, —ni podemos siquiera asomarnos a las ventanas; pues aun lejos de ellas seguian á la reina las palabras insultantes. Sentada en el

interior de sus aposentos, no le era dable cerrar los oídos á los gritos de los vendedores de impresos que se sucedían unos á otros por la calle, pregonando, á cuanto les daba el pecho: Vida de María Antonieta obra escrita expresamente para vilipendiar á esa desgraciada reina.

A veces montada en cólera, con ojos relampagueantes y la cabeza muy alta, solía ella pasearse arriba y abajo de su cuarto, y decía:

— “No lo sufriré mas. Hablaré. No me ultrarán sin oír mi justificación. Bajaré y diré á los que me llaman extranjera: — Franceses, fuerza es que carezca de sentimiento aquel que os dice que yo, la madre de un delfín, no amo la Francia. . . .”

Pero el llanto no la dejó hablar. Corrió á un rincón del cuarto, se puso de rodillas sollozando y se tapó con ambas manos los oídos, para no oír las palabras groseras con que le dirigían á ella desde la calle las gentes de baja ralea.

Así en medio de disgustos y pesares que se sucedían unos á otros, se pasaban los meses. Comenzaba la reina á desalentarse completamente y á perder la esperanza de un fin honroso, de morir como convenia á una persona de su clase y posición, es decir, con orgullo y dignidad bajo los cerros del trono socavado y destruido por el pueblo airado. Sabía que el rey jamás saldría al encuentro de semejante muerte, que su debilidad le haría pasar por toda humillación, resistiéndose su buera índole á toda medida que, inspirando confianza, podía traer socorro. En vano había ella tratado de inspirarle el brio de su espíritu: Luis era un hombre bueno, mas un mal rey; nacido no para regir y gobernar, sino para llevar vida regalada y apacible y servir de víctima expiatoria de los errores y crímenes ajenos.

Estos pensamientos de la reina que tomaron al fin el carácter de convicciones profundas, á veces la reconciliaban con su suerte, á veces la llevaban hasta los bordes de la desesperación.

— Que seamos nosotros las víctimas, poco me importa, se decía ella con amargura, lo que no puedo soportar es la idea de que mis hijos hayan de ser castigados por faltas que no son suyas.

No faltaban personas adic'as que deseaban sinceramente salvar la reina, y de esas recibía ella frecuentes avisos secretos en que la instaban se pusiera en salvo, que era inútil la lucha, que estaba visto no había medio de aplacar la enemiga del pueblo, que mientras estuviese en suelo Francés su vida corría peligro inminente y por consecuencia la de algún otro de su familia. En efecto, por dos veces ya habían tratado de asesinarla. Preparado todo para la fuga, se le participó con el mayor sigilo, diciéndole además, que amigos fieles la conducirían en salvo hasta las fronteras del reino por la parte del Rin, donde la esperaban algunos caballeros comisionados á este propósito por su sobrino el emperador José. Tan bien combinado estaba el plan, que no podía malograrse el golpe, y para llevarse á feliz remate, solo se aguardaba por el consentimiento de María Antonieta. Pero ella se negó obstinadamente á salvarse sola, diciendo que su propia vida era lo que menos importaba en aquel terrible aprieto, porque sabía que tarde que temprano tenía de morir; que miraba la

fuga, no ya solo como un acto de cobardía, sino también de criminalidad, si su marido y sus hijos quedaban detras, á los bordes de la hoguera. Donde estos objetos caros á mi corazón perezcan, ahí quiero yo perecer; concluía ella diciendo.

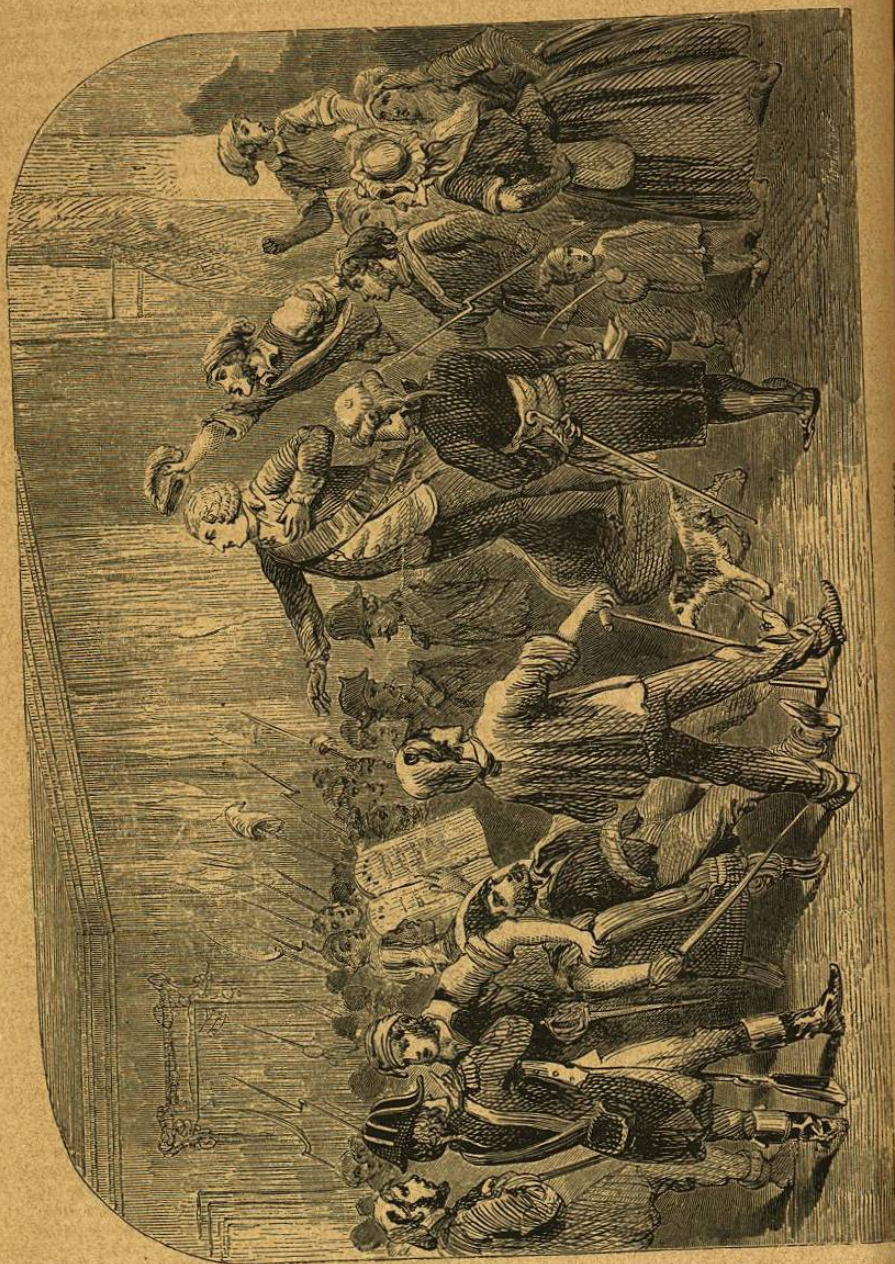
Los diplomáticos extranjeros, de acuerdo con los príncipes y nobles Franceses emigrados, pusieron las armas en manos del pueblo con sus imprudentes amenazas, á las cuales respondía la Asamblea con decretos y confiscaciones, fulminando además providencias contra el clero. A dos de esas disposiciones opuso al fin el rey el veto, animado tanto por el valor y la energía de la reina, como por el consejo de los pocos servidores fieles que no le habían desamparado todavía. En el uno de dichos decretos se le prohibía decir misa á los curas no juramentados, porque se atribuía al clero la causa de las insurrecciones que habían estallado en el occidente de Francia. En el otro se conminaba con la pena de muerte á todo el que abandonase el suelo Francés aunque fuera por corto tiempo, ó tomaba parte en la invasión armada de la patria.

No pudo ser mas inoportuna la inesperada energía de Luis. Para mayor desgracia, el ejército revolucionario huyó ante los Austriacos en los Países Bajos. Declarose la patria en peligro, proclamándose como ley suprema la salud del pueblo. Constituyéronse en permanencia las sociedades patrióticas, armaronse todos los hombres y se nombró una comisión de insurrección fomentada por Marat. El populacho, que llenaba las puertas y avenidas de la Asamblea, recibió con grito de rabia la nueva del veto real. Y de calle en calle, de plaza en plaza iban resonando las voces de la divina Nemesis: — ¡La patria está en peligro! El rey conspira con los extranjeros y la Austriaca llama en su auxilio los ejércitos de sus parientes, enemigos de la Francia. Ella ha aconsejado á su marido que oponga el veto á los decretos lanzados contra los traidores. Maldición sobre madama Veto. Abajo madama Veto!

En la tarde del 20 de junio, el pueblo atumultuado se presentó ante las puertas del palacio de las Tullerías, las cuales se abrieron de par en par por orden del rey. Y en ménos de un cuarto de hora una multitud ruidosa é insolente llenó las escaleras, corredores, salas y aposentos. Solo uno de estos permanecía cerrado, aquel en que se había refugiado la familia real, con algunos servidores; el rey manso y sereno como siempre; la reina pálida, firme y resignada; madama Isabel con los brazos cruzados sobre el pecho, orando; los dos niños pegados el uno al otro, llorando en silencio y haciendo esfuerzos por reprimir sus sollozos, pues su madre les había recomendado el valor y la serenidad.

El segundo término de este cuadro no ménos interesante que triste, lo formaban los amigos y servidores ya mencionados, los mismos que en suspenso seguían con oído atento los hachazos que la gente enfurecida y salvaje pegaba contra una de las puertas cerradas á su paso, y los gritos de los expectadores animando á la obra de destrucción.

Al cabo llegó una columna de la Guardia Nacional, demasiado tarde para mantener el pueblo fuera del palacio, aunque quizás en



tiempo de proteger á los reyes de las injurias de obra. A la presentacion del comandante de la tropa ciudadana, se abrió la puerta del cuarto donde se habia refugiado Luis con su familia. Ese tal arrodillándose de pronto, con lágrimas en los ojos, le rogó se presentara al pueblo y calmara la salvaje agitacion con su presencia.

Por entonces, los dos niños no pudieron ocultar sus sensaciones ni su terror. El delfin rompió á llorar; todo asustado se adhirió mas al vestido de su madre, y la rogó encarecidamente le sacase de allí y se fuese con él á su cuarto particular. Mientras María Antonieta inclinada trataba de consolar al delfin y á Teresa, que lloraba en silencio, el rey cedió á las instancias del comandante de la Guardia, y se alejó con él para mostrarse al pueblo. Siguióle madama Isabel, por el corredor al salon principal, para lo que tuvo que abrirse paso por medio de la apiñada multitud. Mas como no cediesen ante ella con la facilidad que ante el rey, bien pronto quedó separada de él; y comenzó a flotar de un lado á otro, como un tronco en un mar alborotado; eso sí acompañada por su caballero Saint Pardoux. Al principio la empujaban sin intencion, mas luego luego, tomándola por su muñeca, con ánimo de acercársele y aun hacerle daño segun los gritos furiosos del populacho.

—Hé ahí la Austriaca! gritaron centenares de voces y otras tantas picas y bayonetas al momento se dirigieron contra el pecho de la princesa.

—Por Dios bendito! exclamó el caballero. ¿Qué intentais? Reparad que no es la reina.

—¿Por qué los desengañais? dijo Isabel dirigiéndose á Saint Pardoux. No hay mal que por bien no venga. Y echando á un lado con la mano una bayoneta que le cerraba el paso, agregó con dulzura:— Tened cuenta, señor, que podeis herir á alguno, y sé bien que lo sentiriais despues.

Asombrado el pueblo de tamaña serenidad y mansedumbre, al momento abrió camino respetuosamente y ella pudo al fin reunirse con su hermano. Hallábase este en el centro de la sala, rodeado de una muchedumbre de gente iracunda y vocinglera. Un descamisado á viva fuerza se acercó al monarca, sacó del bolsillo una botella y un vaso, le llenó de vino y lo pasó á aquel diciéndole que bebiera á la salud de la nacion.

—La nacion debe saber que yo la amo, repuso Luis tomando el vaso tranquilamente, porque he hecho muchos sacrificios por ella. Con todo mi corazon bebo á su salud; y no obstante las advertencias de algunos amigos, se llevó el vaso á los labios y apuró el contenido.

Mientras el populacho aplaudia gozoso por la accion de Luis, sus camaradas fuera que no podian imaginar lo que pasaba dentro de la sala, gritaban á cuanto ies daba el pecho:—Ya estamos cansados de esperar ese par de cabezas reales.

Entretanto, María Antonieta habia logrado tranquilizar á sus hijos, y apenas se enderezó y echó de ver que el rey no estaba allí, partió en su busca hácia la puerta. Sus fieles amigas, sin embargo, le cortaron el paso y le recordaron, que ella no era solo la reina, sino la madre de sus hijos pequeñuelos; empuñándola en que

diera oídos á la prudencia y no se expusiera al peligro inútilmente, con riesgo mayor tambien del rey mismo.

—Nadie ha de impedirme llenar mi deber; dijo ella montada en cólera. Franca la puerta.

Apesar de eso las amigas no cedieron. ántes afrontaron el enojo de la reina; y por fortuna penetraron á la sazón en aquel sitio varios oficiales de la Guardia Nacional, quienes asegurándole de que no estaba en peligro la vida de su real esposo, consiguieron calmarla.

Los plebeyos que guiados por el cervecero Santerre, habian invadido el régio alcázar, rodeado á Luis, subíndole sobre una mesa, puéstole el gorro colorado y gritándole: "No mas vetos, no mas clérigos, no mas aristócratas; te engañan, Luis, te engañan;" cansados al fin, le dejaron y fueron á representar la misma escena con la reina.

Haciendo saltar puertas y cristales con el empuje meramente de una fila de hombres cargando sobre otra, el populacho se exparcó por los cuartos de María Antonieta, cual la ola que rompe contra la playa. Por fortuna los Guardias nacionales de que ántes hemos hablado, atravesaron una mesa delante de ella y de sus dos hijos, colocándose ademas ellos á los flancos para tener en respeto cuanto se pudiese á la plebe soez y desmandada.

Con esto la reina quedó separada de sus enemigos solo por un frágil mueble de madera; pero para entonces ya ella habia vuelto á su aplomo, sin que la hiciesen pestañear con mas rapidez que lo natural las armas que le blandian delante, ni los puños apretados con que la amenazaban. Erguida, serena y callada, allí se mantuvo, contemplando las olas humanas que se sucedian bramando unas á otras; teniendo de la mano derecha á su hija Teresa que se le cosia á las faldas, y á su izquierda al pequeño delfin, el cual con tamaños ojos abiertos y azorado, parecia petrificado. Detras de la reina se veian las princesas de Lamballe y de Tarente, y madama Tourzel.

Un hombre con el cabello enmarañado y el cuello de la camisa abierto, dejando ver un pecho velludo, alargó á la reina un rollo de papeles, en que se leia este titulo: Para María Antonieta. Otro le mostró una guillotina; un tercero un tajo y esta divisa: Temblad! tiranos! Su hora ha llegado! Un cuarto hombre, el mas feroz de todos, enseñándole un corazon clavado en una pica y todavía goteando sangre, dijo:—Así sangrarán todos, los tiranos y los aristócratas.

Hasta allí María Antonieta, como decimos, habia conservado serenidad y compostura; pero al ver el corazon goteando en la punta de la pica, pestañeó de horror y se puso pálida, porque en el hombre que se lo mostraba y le portaba reconoció á Simon el zapatero; y le asaltó el terrible presentimiento de que aquella alma feroz, la encarnacion del odio para ella, todavia estaba destinada á causarle mayor tormento.

—Abajo el veto! Vivan los descamisados! Viva Santerre! gritó la plebe.

Porque en efecto, el gigantesco cervecero, á la cabeza de una partida de hombres medio desnudos, en traje de montañés de los Abruzzos, con daga y pistola al cinto, se presentó á la sazón en el cuarto. El sombrero de ala ancha,

adornado con tres plumas coloradas, le llevaba ladeado en la cabeza y el cabello espeso y castaño, cayéndole por ambos lados de su rostro feroz, parecía la melena de un león.

La reina levantó al delfín y le puso de pié en la mesa, advirtiéndole en secreto que no debía llorar ni manifestar temor. Con lo que el niño se sonrió y besó la mano de su madre. Entónces una mujer ébria se precipitó á la mesa, arrojó en ella un gorro colorado y dijo á la reina en tono imperioso que se lo pusiera.

María Antonieta con ambos brazos rodeó al delfín, le besó la hermosa cabellera rubia y volviéndose con calma para el general Wittgenhofen, que se hallaba á su lado, le dijo:

—Ponédmele, general.

Las mujeres chillaban de júbilo, mientras el general, pálido de la ira y temblando de la emoción, obedeció la órden de su soberana y le puso el gorro colorado en aquella cabellera que ya habian encaneído los pesares en una sola noche.

Pero sin ser poderoso á contenerse, al cabo de un minuto, el general Wittgenhofen quitó el gorro de la cabeza de la reina y le arrojó á la mesa.

—Pónselo al delfín! El tricolor para el pequeño Veto! gritaron las mujeres; de las cuales algunas arrancándose las cintas de tres colores de sus papalinas, las echaron en la mesa.

—Si amas á la nacion, dijeron á la reina, pónle el gorro colorado á tu hijo.

Ella hizo una seña á madama Tourzel, quien puso el gorro en la cabeza del delfín y le ató en los brazos las cintas. El chico, no entendiendo si se trataba de una broma ó de un insulto, se estuvo quieto, mirando para todas partes medio reído y un sí es no es azorado.

Santerre se apoyó en la mesa y por breve rato estuvo contemplando con aire de complacencia el grupo singular. Tan cerca de él estaba el rostro orgulloso y suave con todo eso de la reina, que cuando vió las gruesas gotas de sudor que rodaban por la frente del delfín, la piedra tocó su corazón, y enderezándose, quizas para evitar los ojos de la reina, dijo con su voz tonante:—Quitádele el gorro á ese niño! ¿No veis cómo suda?

La reina le agradeció la órden con una mirada, y al punto hizo lo que mandaba aquel áspero caudillo de la plebe. Pero el rasgo extraño de compasion de este, parece que excitó la envidia y el rencor de las mujerzuelas allí presentes, porque en el instante, señalando para María Antonieta, una de ellas dijo á sus compañeras:

—Vean el orgullo y el desprecio con que nos mira esta Austriaca. Quisiera comernos con los ojos, porque nos detesta.

—Y ¿por qué habia de detestarlas? repuso María Antonieta hablando con todas ellas. Por el contrario, vosotras sois las que me odiais á mí. ¿Os he hecho alguna vez daño?

—No á mí, contestó la que antes habia hablado, no á mí, sino á la nacion.

—“Pobre jóven! exclamó la reina en tono compasivo y blando. Creéis eso que decis porque os lo han dicho. Respondedme, ¿qué provecho podria traerme hacer mal al país? Me llamais Austriaca; no soy la esposa del rey de Francia y la madre del delfín? Como esposa y como madre mis sentimientos son Franceses.

No volveré á ver jamás la tierra en donde nací y solo en Francia puedo ser dichosa ó desgraciada. Y yo era muy feliz aquí cuando vosotras me amabais.”

Esto dijo con naturalidad, tembándole la voz y con expresion conmovedora y los ojos arrasados en lágrimas. Y mientras hablaba cesó el ruido, pues al oírlo hasta aquellas feroces criaturas dieron muestras de que eran mujeres.

—Perdonadme, dijo la jóven que acababa de hablar á la reina con tanta aspereza. No os conocia. Ahora veo por mi misma que no sois tan mala como me han informado.

—No, no es tan mala, gritó Santerre descargando dos puñetazos en la mesa. Los malos consejeros son los que la han extraviado; y volvió á descargar los puños como dos mazos de herrero. Con lo cual se asustó María Antonieta y bajó al delfín.

—No temais, señora, le dijo Santerre, no temais, no le harán daño. Pero pensad solamente en lo mucho que os han extraviado y cuán peligroso es engañar al pueblo. En nombre de la patria ultrajada os digo esto. Por lo demas, no hay que temer.

—No temo nada, dijo María Antonieta con calma. Ni por qué habia de temer ¿si me veo entre valientes?

Y con ademán gracioso extendió la mano á los guardias nacionales que se hallaban á su lado. Estos besaron aquella blanca mano y prurupieron en exclamaciones de entusiasmo, en que tomó parte el pueblo, y hasta se contagiaron las mujeres.

—Qué animosa es la Austriaca! gritó una. Qué lindo el príncipe! exclamó otra; y todas que mas que menos, se acercaron á la mesa, se sonrieron con el niño y se manifestaron mas humanas con la reina.

Pero de todos los que se habian acercado á la reina con miras hostiles y el corazón lleno de odio, Santerre fué el que pareció sentir mas su hechizo. De todos modos, apoyó ambos puños en la mesa, acercó cuanto pudo la boca al oído de María Antonieta y le dijo en tono bajo y misterioso:

—Lastima es, señora, que tenzais amigos tan zurdos. Yo conozco gentes que podrian servirle mejor, que...

No acabó la frase. Ya se avergonzase de su simpatía, ya temiese perder la popularidad, se calló de pronto, se alejó de la mesa y con su voz atronadora ordenó que todo el mundo marchara y saliera del régio alcazár.

Marcharon en efecto, desfilando en buen órden militar por delante de la mesa que habia servido de bañarte á la reina con sus hijos y servidores. Rara procesion, raro ejército de toda clase de gentes, hombres y mujeres, armados de toda suerte de armas, el conjunto feroz y ridículo en sus detalles. Con un movimiento de cabeza contestaba la reina á los saludos de la bizarra multitud.

Al fin se presentaron en los aposentos del rey, é hicieron despejar la sala de córtes, los guardias nacionales. Tras estos entró Petion, el nuevo corregidor de Paris, al cual abrieron paso los ciudadanos, con lo que él pudo acercarse á Luis y decirle:

—Sire, acabo de saber lo que aquí pasa.

—Me sorprende eso, replicó el rey en tono de reproche, porque el corregidor de Paris de-

bió ser el primero en saber lo que ha estado pasando en el palacio há ya tres horas.

—Pero con mi venida, Sire, ha cesado el motivo; dijo Petion con orgullo. Ahora no hay que temer.

—¿Qué temer? repitió Luis con no menos arrogancia. El hombre que tiene tranquila la conciencia no conoce el temor. “Tienta aquí, añadió el rey tomando la mano del granadero que se hallaba mas próximo, ponla sobre mi corazón, y di si late mas aprisa que el de cualquiera otro hombre.”

—Conciudadanos, dijo entónces Petion hablando con el pueblo, habeis comenzado con cordura y dignidad, y probado que sois libres. Espero que no mancheis el día con actos indignos de los buenos ciudadanos. Idos en paz, haced lo que yo hago, volved á vuestros hogares y reposad de vuestras fatigas.

Envanecido el pueblo, con los elogios de Petion se retiró sin murmurar y los guardias nacionales escoltaron al rey hasta la camara de audiencia, donde ya le aguardaba, para rendirle homenaje, una diputacion de la Asamblea Nacional.

—¿Dónde están la reina y los niños? preguntó Luis dejándose caer en una silla, muy fatigado para ir en busca de aquellos objetos caros á su corazón.

Algunos caballeros, que oyeron su pregunta, se apresuraron á traerle la reina y los niños. Aquella corrió á su marido y le estrechó en sus brazos con efusion, sin que por breve rato ninguno de los dos hablase palabra.

—Papá el rey, gritó el delfín arrojándosele al pecho; dame un beso, lo merezco, porque no lloré, cuando me pusieron el gorro colorado.

El rey se inclinó en silencio y besó á su hijo é hija, que se le apegaban cariñosamente. Los diputados contemplaban con aire de curiosidad aquel tierno grupo, al cual, despues de un dia tan aciago en que la vida de todos habia corrido de peligro, no se le concedia abrazarse y dar gracias á Dios por su salvacion, sin testigos.

—Confesad, señora, dijo un diputado á María Antonieta en tono de confianza, que ha experimentado gran ansiedad.

—No, señor, repuso ella prontamente, no he pasado ansiedad ninguna, he sufrido sí mucho, porque he estado separada del rey en momentos en que se amenazaba su vida. Tenia al menos mis hijos á mi lado y así pude llenar uno de mis deberes.

—No disculpáste todo lo que ha ocurrido hoy; agregó el mismo diputado. Pero no puede negarse que el pueblo se ha portado con cordura.

—señor diputado, repuso la reina con fuerza, tanto el rey como yo estamos convencidos de la buena fe del pueblo. Solo es malo cuando le extravian.

Algunos de los diputados se acercaron al delfín y le hicieron varias preguntas á fin de cerciorarse por sí mismos de que era tan inteligente como se decia. Uno de los caballeros, hablando del día que acababa de pasar, lo comparó con la noche de San Bartolomé.

—La comparacion no es exacta, dijo otro, pues no hay aquí Carlos IX.

—Ni Catalina de Médicis, observó el delfín con vivacidad, apretando la mano de su madre y besándosela.

—Bien dicho, exclamaron los circunstantes. Si será tan entendido en geografía como lo es en historia.

Y en consecuencia se le hicieron muchas preguntas acerca de la situacion y limites de la Francia y de sus divisiones en departamentos y distritos, á todas las cuales contestó el niño con prontitud y precision. Tras cada respuesta echaba él una mirada á la reina, como buscando su aprobacion, y cuando reconocia por su semblante que no se habia equivocado, se le animaban los ojos y se coloreaban sus mejillas.

—Cierto que el delfín está instruido, dijo uno de los diputados. Desearia saber si se ha aplicado tambien á las bellas artes. ¿Ama la música mi principito?

—Ah! contestó este, fuerza es que ame la música quien ha oído tocar y cantar á mamá.

—¿Canta tambien el príncipe?

Este dirigió una mirada á su madre y le preguntó:

—¿Cantaré la oracion de esta mañana, mamá?

María Antonieta le contestó que sí, añadiendo que quizas Dios la habia escuchado, y él puesto de rodillas, con las manos enlazadas y los ojos levantados al cielo, cantó con voz melosa y argentina:

Escucha Dios el ruego
Que te hago rendido,
Conserva un padre querido
A su amantísimo pueblo.

Mientras el niño cantaba esta y otras estrofas de la ópera, entónces muy celebrada, Pedro el Grande, así los diputados como los demas presentes, guardaron grave silencio. El rey, que rodeaba con sus brazos el cuello de su hija Teresa, miraba al delfín con ternura, madama Isabel, con los brazos cruzados, oraba entre sí; y María Antonieta, incapaz de dominar la emoción, se cubrió la cara con las manos y lloraba en silencio.

Desde entónces la familia real vivió en constante recelo, en la perenne zozobra del que no espera bienes, sino males. El rey llevó aquella vida con gran resignacion: nadie le oyó exhalar una queja, ni una expresion de enfado. Tampoco pareció ocurrirle nunca que aun pudiera lograrse la salud con energía, con valor, ó con la fuga.

Habiéndolo entregado todo, estaba preparado para sufrir como cristiano, en vez de alzarse como rey, prefiriendo caer en lucha desigual á vivir despreciado.

Tambien María Antonieta habia desistido de los esfuerzos de inspirar vigor á Luis, porque se habia desengañado de su inutilidad, y aceptado la suerte que la estaba reservada. Su afán ahora era morir como reina ya que no podia vivir como tal.

Perdió el ánimo, lloraba mucho, y cayó en profunda melancolía.

Continuaba ella, sin embargo, en recibir noticias de todo lo que sucedia en Paris, de las resoluciones que tomaba la Asamblea Nacional y de lo que se discutia en los varios clubs de la ciudad. De todos los folletos y escritos que se dirigian contra ella, tenia copia. En suma, estaba mas enterada que los ministros y hasta que el rey (el cual á menudo se pasaba horas enteras sentado, sin decir palabra ni hacer na-

ña), de la condicion de la capital y de los sentimientos del pueblo. Todas las mañanas recibia los informes que le enviaban los emisarios encargados de averiguar las intrigas de los conspiradores, los planes secretos de Marat y las miserias de los diferentes caudillos, aspirando cada uno á la supremacia con el sacrificio de su rival.

Mucho ántes que se verificara, tuvo noticias Maria Antonieta del llamamiento á una concencion general de las cuarenta y ocho secciones en que se dividia la fraternidad Parisiense. Supo que Petion, Danton y Manuel, tres republicanos exaltados; se hallaban á la cabeza del movimiento, y que por medio de sus emisarios se proponian insurreccionar los suburbios de la ciudad. Supo que los feroces Marsellese, actores principales en los sucesos del 20 de junio, se vanagloriaban de ellos é intentaban repetirlos en mayor escala.

Tampoco desconocia Maria Antonieta que mas de la mitad de los diputados de la Asamblea Nacional, pertenecian al famoso club de los Jacobinos, y que aguardaban la ocasion de descargar golpe mas recio á la monarquia. A menudo, cuando tarde de la noche oia la cancion de guerra, inventada por los Marsellese, *Allons enfants de la patrie*, ó la no menos alarmante *Ca ira, ca ira* de los Parisienses, saltaba de la cama (ya no se desnudaba para dormir), corria á la de sus hijos, ó llamaba sus doncellas, y les ordenaba encender velas, á fin de ver por donde amenazaba el peligro.

Al fin llegó el 10 de agosto por la noche tan temido, anunciando su advenimiento un cañonazo disparado desde el patio de las Tullerías. Saltó Maria Antonieta de su lecho y ordenó á una de sus camareras que fuese á despertar al rey; el cual ya se habia levantado y estaba rodeado de sus ministros y de unos pocos amigos. Entretanto la reina despertó á sus hijos, los vistió y fué con ellos á reunirse con su marido. Por entónces el sonido de los clarines anunciaba que la insurreccion era general, y el trueno del cañon junto con el tañido de las campanas tocadas á vuelo, despertaron la ciudad dormida.

Pero si estos diversos ruidos y señales de guerra llamaban á las armas á los enemigos de la monarquia, tambien reunian en torno de la triste familia real de Francia, el último y pequeño grupo de sus adherentes y bravos defensores; nos contraemos á unos doscientos nobles que se habian ligado con ese propósito á la mira y por llevar daga oculta, les llamaron los Caballeros del puñal, á los granaderos Franceses y á la guardia Suiza, cuyos dos cuerpos aun subsistian cerca de la corte.

Al amanecer, el rey, á instancias de su esposa, se paseó con ella y sus hijos por las salas y galerías del palacio, para reanimar el ardor de sus defensores y agradecerles su constante fidelidad. En todas partes la familia real fué recibida con entusiasmo y las protestas de lealtad hasta la muerte se repitieron de boca en boca. Animado con esto el rey, en compaña de algunos amigos, bajó al parque para revisar los batallones de la Guardia Nacional, que estaban allí estacionados.

Luego que Luis apareció resonaron algunos vivas, que apagaron sin demora murmullos alarmantes de desaprobacion. Y aunque no

pueda afirmarse que la tropa ciudadana fué la primera á dar señales de insubordinacion, la verdad es que de los murmullos se pasó á los gritos de—¡Abdicacion ó muerte! Viva Petion!—y que estos gritos salieron de sus filas lo mismo que de la masa de paisanos espectadores de aquel desacato á la autoridad real.

Asustado el rey, pálido y bañada en sudor la frente, se volvió al palacio sin demora.

—Todo se ha perdido! exclamó la reina al ver entrar al rey en aquel predicamento.

Para colmo de desgracia los Caballeros del puñal, no inspiraban confianza que digamos á los granaderos, y las cosas llegaron á punto, que un coronel de estos pidió se hiciera salir á aquellos del régio alcázar. Interpuso la reina su influjo y su palabra elocuente, y pudo componerse la escision, mas contribuyó sin duda á que unos y otros hiciesen una defensa floja, aun cuando todos fueron degollados como carneros por el pueblo enfurecido.

Desde bien temprano el populacho se acercó al palacio en grandes masas, oyéndose sus gritos, en medio de descargas repetidas de artillería, del choque de las armas y las pisadas de los hombres y los caballos. El rey, la reina, los dos niños, las princesas Lamballe é Isabel, madama Tourzel y varias otras personas, agrupadas de pié en el centro del salon de audiencias, se volvieran todo oidos, y llamadas y en suspenso, ya por una parte, ya por otra, esperaban que de un momento á otro, estallase la tormenta con todo su furor.

Entró á la carrera el fiscal general Roderer y dijo muy agitado:

—Sire, es fuerza que V. M. se ponga en salvo. Toda oposicion es inútil. Solo puede uno fiarse en una pequeña porcion de la decantada Guardia nacional y aun esa espera la primer oportunidad para fraternizar con la plebe. Los artilleros ha extraido la carga de sus cañones para no verse en el caso de disparar contra el pueblo. Sire, el único asilo abierto ahora á V. M. y su familia, es el salon de la Asamblea nacional.

—“¿Cómo! exclamó la reina dando un grito de horror. ¿Qué decis? Quereis que busquemos proteccion en medio de nuestros peores enemigos? Nunca. Ah! Nunca! Antes que dejar el palacio é ir á la Asamblea nacional, prefiero que me claven á estos muros.”

Y volviéndose para el rey, que se mantenía callado é indeciso, le dirigió palabras ardorosas, las frases mas elocuentes, como que salian de un corazon heroico, le habló como padre del delfin, como sucesor de Enrique IV y Luis XIV, trató de despertar su ambicion, mover sus simpatías, y encender en su espíritu una chispa siquiera del fuego que consumia el suyo. Todo en vano, porque no parecia sino que el rey se habia convertido de repente en muda y fria estatua.

—Sire, volvió á decir el fiscal general, no hay tiempo que perder. Dentro de un cuarto de hora quizas no haya salvacion para la reina y los niños.

Estas últimas palabras sacaron al rey de su abstraccion, el cual luego dijo como si hablase consigo mismo:

—Nada mas puede hacerse. Vámonos á la Asamblea nacional.

—¿Es posible que todos nos hayan aban-

donado? dijo la reina hablando con Roderer.

—No digo eso augusta señora, contestó él con tristeza, sino que creo que toda oposicion no hará mas que aumentar el peligro. Querria V. M. exponer el rey y á los niños?

—El cielo me valga! No, en ningun caso.

—Pues bien, si se desaprovecha la oportunidad, no me atrevo á responder por la vida de V. M. y de sus augustos hijos.

—Mis hijos! exclamó Maria Antonieta. El cuchillo que los degüe!le primero ha de dividir mi garganta. Este es el último sacrificio, agregó dirigiéndose al rey y demas personas que le rodeaban, me someto. Vamos. Pero, concluyó preguntando á Roderer: ¿Estais seguro que las personas del rey y de mis hijos serán respetadas.

—Señora, contestó el preguntado con solemnidad, lo único de que estoy seguro es de que todavía hay mas de uno listo á morir en defensa de V. M. y de todos los objetos que le son caros.

Los aristócratas y los granaderos entónces abrieron sus filas y se dispusieron á escoltar á la familia real.

—Por amor de Dios, señores les gritó Roderer, no hay que pensar en demostracion ninguna. La salud del rey y de su augusta familia, así lo requiere.

—Sí, dijo el rey en aque'la coyuntura. Nada de aparato. Quedaos, amigos, hasta nuestra vuelta.

—Volverémos, agregó Maria Antonieta. Adios! Hasta luego.

Y antecogiendo á sus hijos, siguió los pasos del rey. Detras iban la princesa Lamballe, madama Isabel y madama Tourzel.

Lo que acabó de concitar los ánimos hasta su mas alto punto, fué una insolente proclama lanzada contra los Franceses por el duque de Brunswick; y los Jacobinos prepararon una sublevacion general dirigida por Danton, Billaud-Varennes, Callot d'Herbois, Mauat y Robespierre.

Ya todos estos se habian dado á conocer y ganado mas ó menos fama entre las masas populares. El primero de los nombrados ignorante, mas imaginativo, atlético de cuerpo y brutal en sus pasiones, decia que “era preciso inspirar miedo” y repetia que “para triunfar se requeria audacia, audacia y siempre audacia.” El penúltimo instigaba el derramamiento de sangre y exclamaba: “Dadme doscientos Napolitanos con capa y puñal, y recorriendo con ellos la Francia haré yo la revolucion.”

A las seis de la mañana la familia real traspasó los umbrales del al ázar, para no volver jamás, pues desde ese momento empezó á agonizar la monarquia, cediendo el puesto á la república que nacia. Antes de mucho se le informó al rey, que marchaba al frente dándole el brazo á su hermana, que parte de la Guardia nacional se habia retirado á sus hogares para prateger sus familias y bienes contra la furia del populacho desencadenado.

Desde luego la familia real tropezó con la dificultad de abrirse paso franco por entre la apiñada y enfurecida muchedumbre. Tras súplicas é indicaciones humillantes le debia pasar, pero no sin descargar primero sobre la cabeza del rey y de los suyos, una lluvia de maldiciones, injurias y dicterios. Algunos in-

dividuos de la Asamblea, moderados y valerosos, se presentaron en medio de los grupos y con sus discursos hicieron cuanto estuvo en su mano por regir la furia popular. Pero si lograron contenerla, no les fué dado impedir que á la vista del rey se dieran gritos de—mueran los tiranos! abajo la monarquia! sobre todo en la plazuela de las Fuldenses.

A la vista de dos mujeres, que aullaban materialmente y con manos ensangrentadas amenazaban al delfin, este se asustó mucho y dió á llorar; en cuyo instante se adelantó un granadero, levantó al niño en sus membrados brazos y se lo echó al hombro.

—Mi hijo! devolvedme el hijo de mis entrañas! exclamó la reina frenética.

—No temais, señora, dijo el granadero con dulzura. ¿No me reconoce V. M.?

Fijóle entónces la vista Maria Antonieta y se sonrió; porque le reconoció al punto, no siendo otro que su ángel guardian, que siempre se hallaba á su lado en los momentos criticos, cuando la amagaba peligro ó muerte. Era Toulan, su fiel y constante amigo, que vestia riguroso uniforme de Guardia nacional.

—Abajo los tiranos! gritaban las mujeres.

—No haya miedo, príncipe mio! le decia Toulan continuando en llevarle al hombro. Nadie os hará daño.

—No temo por mí, repuso el niño afligido, sino por mi papá.

¿No cómo podia el niño dejar de temblar y temer, si hasta el mismo rey llegó á intimidarse y la reina marchaba como fuera de sí del horror? En el paso de las Tullerías al sitio donde se reunia la Asamblea, distancia que en circunstancias normales podia recorrerse á pié en diez minutos, gastó la familia real mas de una hora. Delante de las puertas del edificio, se redoblaron los gritos sediciosos. Arengó á a plebe el fiscal general y con un pequeño esfuerzo logró meter al rey y su familia en un estrecho pasadizo. Al fin, abiertas las puertas pudieron aquellos penetrar en la sala donde ya estaba reunida la Asamblea. Allí Toulan depositó la preciosa carga del niño al lado de su madre, quien le echó los brazos y le cubrió la frente de besos.

Reinaba á la sazón en la sala un silencio de muerte. Los diputados con semblante sañudo miraron á los recién venidos, pero nadie se levantó, ni les dirigió una palabra de salutación. El rey, con grave paso se encaminó hacia la tribuna del presidente de la Cámara y tomó asiento á su lado, tomándolo detras la reina, los niños y las dos damas de su séquito, en las sillas destinadas para los ministros.

—El delfin debe sentarse al par del rey, dijo uno de los diputados. El pertenece á la nacion, su madre no tiene derecho á nuestra confianza.

En esto se acercó uno de los maceros de la Cámara y trató de llevar el delfin al lado del rey; mas él se aferró á las faldas de su madre, lloró y con su resistencia excitó la simpatía de muchos de los espectadores de aquella patética escena, y hubo que renunciarse al proyecto de separarle de la reina.

Restablecido el silencio se levantó el rey y dijo:

—“Vengo para evitar una gran catástrofe. Siempre me creeré seguro entre los represen-